

pensamiento y como deber moral. Los protagonistas de Mallea saben que el hombre no cuenta más que consigo mismo y su soledad, pero vislumbran una apertura salvadora, algo que, como la presencia de un signo ausente, existe, sin embargo, más allá de la realidad concreta <sup>7</sup>.

Para interpretar la novela de Mallea es importante ubicarla en una geografía y un tiempo específicos; la geografía de un país con firmes raíces en el extremo sur, en el aislamiento y desamparo de los vientos australes. Hay un latente determinismo en la visión del paisaje vital argentino. Por una parte, la llanura, sólo dominada por la constancia de los pioneros que descubrieron la riqueza invisible; por otra, Buenos Aires y las voces silenciosas de la bahía en el estatismo de su río. «Tierra desierta y urbes, así era todo el país; tierra desierta y urbes, ruido vertiginoso y soledad». *O*, 317.

Para Mallea, como para Borges, en el paisaje del sur está el auténtico origen y el destino de soledad, fatalmente argentinos. La geografía es un conocimiento y un padecimiento que enriquecen como una virtud. El tiempo es también presencia dominante. El pasado ofrece la lección ejemplar de los valores originales de la nacionalidad, patrimonio que se ha subvertido en el proceso de los cambios socio-políticos del presente.

Sin embargo, el conflicto ideológico que Mallea propone como método de conocimiento del ser argentino, no ofrece una solución integradora; es más bien, una metáfora epistemológica de predominante binarismo. Digo metáfora por el sentido de oposición sustitutiva que implica la dicotomía, y epistemológica, porque su teoría del conocimiento no funciona como saber científico, sino como el proceso de un indagar racional en los orígenes y destinos de ese saber y, especialmente, en sus proyecciones estéticas y éticas. Según Mallea, el conocimiento debe promover una respuesta estética y ética; de allí que la novela sea para él la práctica más válida para el desarrollo de las formas del conocer. Si bien reconoce que entre ambas metáforas básicas —el ser visible (retórico) y el ser invisible (original)— subyace la gradación de infinitas posibilidades; los límites, vistos por el autor, desde un propósito metodológico, están dados por el binarismo de contrarios en que uno ha de prevalecer sobre el otro. Es evidente, por tanto, una marcada disyunción, sin polivalencias, con el enfrentamiento de oposiciones irremediables.

El retorno al ser original y auténtico no es, por tanto, en la obra de Mallea, una solución real, sino sólo una aspiración, un acto de fe profética. En *La bahía de silencio*, el protagonista exclama: «¿Cuándo vendrá a la superficie el país profundo, el sano, el que existe puesto que creemos en él? ¿Cuándo vendrá?» En otro pasaje de la novela reitera: «A veces buscamos los rasgos más ocultos del pueblo, los rasgos de esa ambición en marcha...» «Aquel país no era el *país*. Aquel país que veíamos no era el país que queríamos.» *O*, 610. Estas reflexiones del personaje de ficción se confirman

---

<sup>7</sup> Esta evasión a una salida trascendente da un carácter diferencial a los protagonistas «existenciales» en las novelas de la primera mitad del siglo XX en el Río de la Plata. Aunque el personaje tiene la certeza de su angustia vital y su soledad en el mundo, ante la imposibilidad de poder realizarse concretamente, percibe una trascendencia como *la necesidad de llenar el vacío* de un signo ausente. Véanse, por ejemplo, *El túnel*, de E. Sábato, y *La vida breve*, de J. C. Onetti.

también en las palabras de Mallea, ensayista: «Los argentinos no nos leemos, no nos creemos los unos a los otros... De un tiempo a esta parte... le falta algo más que creer; le falta al país querer creer. Esa es la mayor de las anomalías individuales, y eso proviene de lo mucho que se nos ha engañado.» *P*, 83.

Mallea defiende su modelo arquetípico del ser, y, aunque su propósito es alcanzar una unidad de valores, al enmarcar su verdad y su modelo ideal como absolutos, los separa en el contexto. Intenta cambiar, sin ofrecer integración de contrarios. De este modo incide en la división que critica. Su método de descubrir los fundamentos auténticos de la argentinidad confluye, al fin, en el des-encuentro y la desesperanza de alcanzar el rescate de esos valores de una manera positiva y estable.

Ante este des-encuentro como significación última, cabe preguntarnos: ¿Qué mérito tiene esta experiencia del conocimiento, cuando ya cumplida como sistema y como ciclo puede ser interpretada con mayor objetividad desde la perspectiva de un distanciamiento de casi cuatro décadas? Ciertamente, en el panorama de la literatura argentina e hispanoamericana del siglo XX, la novela de Mallea marca en su momento la apertura de una nueva actitud ideológica en texto y en semántica: la visión de mundo y el modo de narrar prefiguran ya en la década del cuarenta, las innovaciones de perspectiva y técnica que ofrece la narrativa hispanoamericana del sesenta al setenta.

Mallea es consciente de la función de su novela en el cambio crucial narrativo. Confirma la importancia de su aporte poético-ideológico y ve en su propio lenguaje «el hallazgo del instrumento del conocimiento». Su preocupación por configurar el mensaje en la forma narrativa lo lleva a afirmar que «en la singular contienda entre un sujeto que enfrenta y un objeto enfrentado, lo que define quién va a vencer es la justeza del punto de vista». *P*, 45. En su narrativa temprana hace ya uso de técnicas originales para su época. *Fiesta en noviembre* (1938) es la primera novela argentina y quizá hispanoamericana que intenta estructurar la semántica en la forma novelística como reflejo de una actitud vital. La perspectiva se logra en ésta mediante la fragmentación de la conciencia del narrador encauzada en el contrapunto de alternancias narrativas simultáneas. *La bahía de silencio* (1940), según ya he señalado, muestra, en la movilidad del punto de vista de la primera persona, el itinerario hacia el conocimiento interior del ser. En sus formas y técnicas narrativas, Mallea anticipa la nueva novela del *boom* de las décadas del sesenta y del setenta, aunque no la transite. Obviamente, no podría pertenecer al grupo de los escritores del *boom*, ya que su actitud narrativa tiene la específica intención de definir cuando narra y, al asumir una posición autorial, polemiza y defiende su verdad. Mallea cree y afirma lo que percibe como modelo-arquetipo. En cambio, el lenguaje y la ideología de la nueva narrativa del *boom* se basan en la duda y en la de-construcción de toda verdad definida como modelo absoluto.

En su carácter de escritor argentino, Mallea asume una actitud personal en su país y en su época. Su formación literaria y filosófica comprende un vasto y sólido manejo de autores europeos, americanos y orientales, enriqueciéndose todo ello en la experiencia vital y cultural de los frecuentes viajes por tres continentes. Es significativo, entonces, que este pensador cosmopolita haya dirigido el interés primordial de su obra a la imperiosa busca del ser nacional. Contemporáneo de Borges, de Marechal,

de Sábato, se diferencia de ellos en el modo particular de mostrar los valores de su creación literaria. Su narrativa no ofrece el distanciamiento y la ironía conjetural borgiana, ni el estilo paródico de Marechal, ni el pesimismo incisivo de Sábato. Para Mallea la palabra, privada de la polivalencia del humor, se inscribe como *dictum*, acto de fe que sostiene lo que dice.

En la literatura argentina e hispanoamericana, la obra de Mallea ha de verse como la de un escritor solitario y singular, tal como sus mejores personajes de ficción; hacedor de un mundo narrado que le pertenece y que se nutre en la intensa fe que lo sostiene. La fe, cualidad original de los protagonistas malleanos, les ofrece el rescate de una esperanza, aun en la certeza del fracaso final de la razón.

Para terminar, quiero citar las palabras claves de Mallea que definen concisamente su ideario vital y que enmarcan, asimismo, una actitud y un temple de ánimo: «Creo en el creer. De ese esencial querer creer sale, día a día, nuestro modo particular de ser (como argentinos). Creer de cierto modo es vivir como vivimos.» P, 82.

ZUNILDA GERTEL  
*University of Wisconsin-Madison*  
WISCONSIN 53706 (U.S.A.)